

LAUREANO VALLENILLA LANZ, CULTURA Y MODERNIDAD EN VENEZUELA

Jorge Bracho

Resumen

En este trabajo se reflexiona sobre la obra del historiador y sociólogo venezolano Laureano Vallenilla Lanz en su libro "Cesarismo Democrático". La dicotomía entre sistema constitucional escrito y sistema constitucional efectivo se plantea, en el pensamiento de Laureano Vallenilla Lanz como una alteridad hacia la modernidad de la nación. Las ideas de la modernidad ilustrada y el contrate de las revoluciones acaudilladas por hombres de a caballo constituyen los elementos del igualitarismo venezolano.

Palabras clave: Modernidad. Nación. Igualitarismo.

Summary

In this work it is meditated on the historian's work and Venezuelan sociologist Laureano Vallenilla Lanz in their book "Democratic Caesarism". The dicotomía between written constitutional system and effective constitutional system thinks about, in the thought of Laureano Vallenilla Lanz like an alteridad toward the modernity of the nation. The ideas of the cultured modernity and the one hires of the revolutions led by men of to horse they constitute the elements of the Venezuelan egalitarianism.

Key words: Modernity. Nation. Igualitarismo.

Dentro del proyecto moderno un tipo de racionalidad, la técnica, la instrumental, se hizo dominante desde el siglo XVII. Digo XVII porque desde este siglo los filósofos de la naturaleza, René Descartes en primera instancia, fundaron la ciencia y la filosofía modernas, sobre las que han descansado proyectos, imágenes y representaciones del mundo moderno. Luego de las reflexiones renacentistas los filósofos perdieron interés por las preocupaciones humanistas e hicieron mayor énfasis en los saberes prácticos. Si en el renacimiento se hizo mayor énfasis en la oralidad, los hechos particulares, el localismo y la temporalidad, en el XVII hubo un interés inusitado por la escritura, la universalidad, lo general y lo atemporal. Principios sobre los cuales han descansado los distintos discursos de la modernidad como el positivismo, entre otros, del que Laureano Vallenilla Lanz fue uno de los baluartes en el orbe latinoamericano y, especialmente, en Venezuela.

Creo pertinente referirme de modo muy breve a esta situación de cambio respecto al objeto de estudio, aunque el interés fundamental de este escrito se refiera al venezolano Laureano Vallenilla Lanz, porque desde este mismo dintel podremos auscultar las bases de los distintos modelos o paradigmas dominantes del mundo moderno. En este orden de ideas, la oralidad perdió espacio, en especial la retórica en tanto modo de argumentación, frente a expresiones que podían ser plasmadas en el papel y, a su vez, ser juzgadas por tener carácter escrito. De ahí partió la idea de que la historia misma comenzaba en tanto concatenación de hechos sólo verificables en el documento escrito, propensión ésta de amplio arraigo dentro de la discursiva sustentada por el autor aquí considerado.

Si en la Edad Media y el renacimiento los teólogos morales y los filósofos estudiaron cuestiones de la moral basados en casos concretos, con los filósofos modernos se dejó a un lado las particularidades en aras de lo universal, por esta razón la mayor parte de las elucubraciones modernas se han sustentado en principios atemporales y universales. Del mismo modo, lo general se impuso sobre lo local. Si los humanistas del siglo XVI basaron sus reflexiones en la etnografía, la geografía y la historia, Descartes y sus seguidores dejaron para la posteridad que la verdadera práctica filosófica no se encontraba en la acumulación de experiencias de determinados individuos o casos concretos. Con la filosofía cartesiana las exigencias de la racionalidad se orientaron hacia los principios abstractos y generales con los cuales se intentó englobar los casos particulares. En cuanto a la temporalidad la filosofía cartesiana fijó su mirada en las estructuras permanentes que subyacen en todos los fenómenos cambiantes del mundo.

Con lo expresado anteriormente no buscó demostrar mis conocimientos acerca de lo que hoy se conoce como mundo moderno. Mi interés estriba en la relación que existe entre esta "opción" de la modernidad y su influjo en lo redactado por el sociólogo e historiador venezolano Laureano Vallenilla Lanz en su obra *Cesarismo democrático*, publicado por vez primera en 1919. Por supuesto, sus elucubraciones no son únicas en el mundo académico occidental y mucho menos en el orbe latinoamericano, las mismas responden a las tendencias y concepciones en boga, para fines del XIX y gran parte del siglo XX, que estuvieron supeditadas al positivismo, al evolucionismo y el organicismo social.

En este orden de ideas, me voy a referir a la nación y lo que a ella le es inherente en el mundo moderno y, en-especial, a la idea de sentimiento nacional y la cultura en tanto ser de una comunidad. La nación en la modernidad se ha pensado en convergencia con idioma, religión, unidad étnica, unidad económica, unidad cultural. y, además, constituida por un aparato jurídico - político, un territorio, el gentilicio y una historia común.

La representación de la nación va aparejada con una fuerte inclinación homogénea. La nación en tanto realización moderna se hizo en detrimento de lo local y con el norte de lo general. Sin embargo, nacieron con la impronta de la particularidad, porque se buscó con ansias elementos diferenciadores de espacios territoriales cuyo tronco de origen era común, tal y como sucedió con las emergentes repúblicas hispanoamericanas en el decimonono.

Dentro del ideario modernizador latinoamericano puede corroborarse cómo las diferencias se buscan más allá de la historia misma. Un caso ejemplar es el del argentino Carlos Octavio Bunge quien sustentó la idea de que Hispanoamérica no era un país sino un conjunto de países de todos los climas y naciones semejantes mas no idénticas. El modo cómo podría experimentarse la verdadera convivencia en nación era con la configuración de un nuevo carácter nacional, mediante la europeización del hispanoamericano (1926:46).

Cito el caso argentino así como pudiera referir el caso del peruano Francisco García Calderón, el boliviano Alcides Arguedas, el mexicano Francisco Bulnes o el mismo Laureano Vallenilla Lanz. No es que sus elucubraciones sean totalmente equidistantes e idénticas, sino porque sus escritos coinciden altamente en el sentido de desarrollar un "carácter nacional", así como un sentido de pertenencia dentro de un mundo que escogió como opción las propuestas de la nación en tanto espacio orgánico, donde el concepto de raíz contribuiría con la definición de lo propio y la especificidad cultural. Herencia de los escritos del alemán Herder y el francés Rousseau, para quienes el territorio y el gentilicio se vivían como inherencia y rasgos apriorísticos.

En 1841 Rafael María Baralt dedicó en su obra Resumen de historia de Venezuela, un acápite relacionado con el carácter nacional del venezolano. En este aparte refería la falta de articulación cultural de la recientemente emergente república de Venezuela. Baralt apuntó sus dardos hacia el desdén demostrado por España en torno a lo que habían sido colonias del imperio español y la orfandad legada en términos culturales.

Como se sabe, "carácter nacional" refiere la comunidad de cultura que comprende las bellas artes, la música de cámara, la ciencia moderna y las letras. Igualmente, esa comunidad de cultura se asocia con el verdadero conocimiento como connacionales, es decir, en tanto semejantes y en convivencia simultánea. La tan manida categoría de pueblo refiere esta circunstancia en el sentido de requerimiento, esto es, la necesidad de construir una república realmente moderna. Vallenilla Lanz elaboró sus ideas respecto a Cesarismo..., pensando en una imperiosa necesidad orgánica porque la sociedad como organismo requería de articulaciones para su cabal funcionamiento.

En este sentido, Vallenilla Lanz sugirió la idea de que en Venezuela existían dos constituciones, para así ofrecer el ejemplo de desarticulación y carencia de orden, concepto éste muy implicado con el organicismo. Según su óptica, estas constituciones apuntan en dos vertientes, a saber, una escrita, la otra, la actuación misma de los actores sociales. Una república orgánica vendría a ser aquella donde ambas constituciones transitaran las mismas vías. La incongruencia entre la constitución escrita y la constitución real se explica por la mimesis y la transposición de ideas foráneas al suelo patrio. Estas nuevas teorías llegaron a través de las Antillas, las cuales fueron adoptadas por los criollos adalides del republicanismo. "...Teoría que los criollos adoptaban sin examen y profesaban con entusiasmo; principios abstractos que tenían para éstos el atractivo picante y estimulador de la prohibición, bebidas como néctar sabroso a la luz de una bujía en el silencio profundo de la noche, en una ciudad colonial que se entrega al sueño al toque de oraciones". (Vallenilla; 1990:73).

Quizás, lo que estimulara en Vallenilla Lanz mayor desconcierto respecto de la importación de teorías, provenientes del mundo civilizado, se encuentre en el hecho de que hayan sido los mismos nobles Vasallos de Caracas, que en 1801 protestaban contra reales cédulas a favor de pardos, cuarterones, quinterotes y blancos de orilla, que en 1810 les otorgaron calidad de ciudadanos.

En Cesarismo... su autor reitera el carácter veleidoso de aquellos que tuvieron en sus manos la erección republicana. Los ejemplos que cita de los seguidores de Boves, Morillo y Yánez son emblemáticos en este sentido. Y lo son porque esos mismos seguidores conformarían, a la sazón, las huestes del caudillo llanero José Antonio Páez. Quien, por demás, luchó contra la godarria caraqueña, pero luego saldría, en 1848, por godo coincidentalmente, amén de la revolución azul acaudillada por José Tadeo Monagas.

Ese mismo carácter veleidoso lo adjudica Vallenilla Lanz a la falta de consistencia de los habitantes de esta tierra de gracia. Aunque Vallenilla Lanz no habla con claridad de cultura en los términos que hoy le adjudicamos, deja entrever que esta falta de consistencia radica en la misma conformación cultural del venezolano. Cuando se refiere a una constitución real que colida con la constitución escrita, sugiere que esa falta de consistencia no sólo ante las leyes, sino ante el uso, las costumbres, los hábitos, son parte de la herencia geno - fenotípica y cultural de los venezolanos.

Lo que él intenta demostrar con este texto es que la guerra de Independencia fue una guerra civil, por una parte. Por otra, propone el antecedente de la República de Venezuela a partir de la época colonial, por medio del Cabildo, institución ésta a la que otorga gran importancia en las bases iniciales de la república. Además de dibujar la época colonial en tanto inicio civilizatorio, propone que fue ella una composición de

castas donde los pardos debían hacer uso de argucias jurídicas para el reconocimiento ciudadano, tal como sucedió con la Real Cédula de gracias al Sacar. Del mismo modo, deja entrever la conformación cultural de Venezuela, a través de lo que él denominó constitución efectiva.

Aunque su visión de las castas en la época colonial se encuentra cargada de fuertes críticas, no deja de lado el análisis de los sucesos que dieron origen a la independencia, así como los efectos socio culturales que emergieron en la vida republicana. "En nuestra guerra de independencia la faz más trascendental, la más digna de estudio es aquella en que la anarquía de todas las clases sociales dio empuje al movimiento igualitario que ha llenado la historia de todo este siglo de vida independiente." (Vallenilla; 1990:49).

Este igualitarismo lo asocia con, recordando al cubano José Martí, el "hombre natural". Los hombres naturales han vencido, según su parecer, a los letrados y a las constituciones copiadas por éstos del extranjero. De ahí que sustentara la idea de que en Hispanoamérica la lucha no había sido, ni era para su momento, entre bárbaros y civilizados, sino entre la falsa erudición y la naturaleza de quienes habitaban estos territorios. El Hombre natural refiere el ser cultural que caracterizaba la República desde sus días iniciales. De ahí que fuese de imperiosa necesidad romper con el pesado lastre cultural heredado de los tiempos coloniales. Quizás en los escritos de Vallenilla Lanz no se encuentre de manera muy clara la versión culturalista de los fenómenos a los que prestó gran importancia. Y no lo es porque otorgó gran importancia a los factores raciales y al mestizaje, lo que, sin duda, desdibujó, a la luz del tiempo actual, la versión cultural en los estudios acerca del desenvolvimiento histórico de la hoy denominada América Latina.

Por otra parte, el darwinismo social, al estilo de Gumplowicz, tuvo una presencia muy fuerte en sus escritos, tal como lo ha demostrado la venezolana Elena Plaza (1996). Por esto otorgaba gran relevancia a un mestizaje con mayores elementos europeos, sobre todo, alemanes, austriacos, irlandeses e italianos. El peso racial, noción de talante biológico fundamentalmente, ejerció gran presión al momento de analizar el ser venezolano y latinoamericano, en general. Sin embargo, a la luz de la contemporaneidad sus lucubraciones se pueden asociar con un ser cultural que requería cambios del mismo talante para así alcanzar el progreso.

Por esta razón se opuso al lugar otorgado a las constituciones escritas como panacea, porque las mismas contradecían la obra de la naturaleza cultural, del venezolano, además de considerar como un crimen el establecimiento de "democracias" sin respetar el proceso idiosincrásico y de cultura de este espacio territorial. De ahí que adujera que las democracias de papel, típicas de Hispanoamérica, "...nos han alejado por mucho tiempo de la posibilidad de acordar los preceptos escritos con las realidades gubernativas, estableciendo esa constante y fatal contradicción entre la ley y el hecho, entre la teoría que se enseña en nuestras universidades y las realidades de la vida pública..." (Vallenilla; 1990:199). En otras palabras, se refiere en esta oportunidad a la contradicción entre constitución escrita y la constitución efectiva, que no sería más que la alteridad, como deber ser, confrontada con el proceder cultural de los actores sociales. En este mismo orden de ideas, por ser el hombre natural un ser bueno per se acata y respeta la inteligencia, si el portador de ésta no le daña u ofende engañándole le será leal. De acuerdo con Vallenilla Lanz esta situación se verá alterada si el caudillo hiere y engaña. Por esto las revoluciones acaudilladas por hombres de a caballo tenían seguidores constantemente. Estas apreciaciones de Vallenilla Lanz sugieren que una verdadera constitución para las emergentes repúblicas hispanoamericanas hubiese sido la ley boliviana, única garantía para la estabilidad política, el desarrollo social y económico y la consolidación del sentimiento nacional, además porque las

proposiciones bolivarianas tenían sustento en la misma realidad venezolana y parte de Suramérica.

El alcance del ansiado sentimiento nacional marcha parejo con la búsqueda del orden en su vertiente organizativa. Desde esta perspectiva, hoy somos capaces de reconocer que las ciencias sociales en el decimonono y principios del siglo XX se caracterizaron por el mito organizativo. La nación como fenómeno moderno ha sido parte constituyente de este mito. La idea de orden fungió como un factor determinante del progreso y la civilización. El orden, en este sentido, puede ser leído como búsqueda de consolidar nuevas formas organizativas y de pensamiento más allá de la religión y la metafísica.

Asimismo, el orden aparece como configuración de un nuevo mestizaje; el orden como organización jurídica - política o lo que es lo mismo la existencia de una jurisprudencia adecuada a la realidad republicana; el orden en un sentido de paz y tranquilidad, muchas veces ofrecido por el caudillo o inteligencia superior; y como organización territorial, base de la patria, donde van a confluír los otros principios de orden señalados anteriormente, así como el sustento de articulación entre el deber ser y el ser cultural.

Una de las grandes preocupaciones de los letrados del siglo XIX como es el caso de Rafael María Baralt, el mismo Bolívar, Cecilio Acosta, el licenciado Sanz, como los del siglo XX, José Gil Fortoul, Pedro Manuel Arcaya y Laureano Vallenilla Lanz, entre otros, como también, más cercanos en el tiempo, Augusto Mijares y Mario Briceño Iragorri, fue la de crear bases sólidas de nacionalidad, o lo que es equivalente, el sentimiento nacional o carácter nacional.

Para Vallenilla Lanz un punto de encuentro o centro de confluencia con vistas a la solidificación o sentimiento nacional se encontraba en la Colonia, a saber, una institución política como lo fue el Cabildo. No obstante, la naturaleza del mestizo derivaba en oposición a esta tentativa. Por esto la educación, como una de las facetas del orden en su orientación mental. Pero más importante era la limpieza de sangre porque con ésta se superaría el sustento de conductas y hábitos arraigados desde los tiempos coloniales.

Sin duda, lo que había desviado la concreción de un verdadero sentimiento nacional anida en la extensión y discontinuidad territoriales, la disposición poblacional, las carencias educativas, la variedad racial y su escasa compenetración, la pobreza económica, las revoluciones excesivas, las transpuestas constituciones y la, más valedera, pervivencia natural (cultural) de los habitantes de Venezuela.

Así como en la narrativa de ficción, verbigracia ídolos rotos y Sangre patricia escritas por Manuel Díaz Rodríguez, como en las obras de sociólogos devenidos en historiadores, tal es el caso de Laureano Vallenilla Lanz, presentan a su modo un proyecto de país, a la vez que diseccionan su forma de ser cultural. La narrativa documental experimentó la imperiosa necesidad de observar, estudiar y auscultar el ser (lo cultural) de los actores sociales. El proyecto, pudiera esgrimirse hoy, se asocia con la occidentalización masiva propia del proyecto de modernidad asumido por nuestros eupátridas. Un dilema con el cual han tropezado nuestros letrados es el de alcanzar una nueva racionalidad sustentada en la razón occidental, en contraposición con el ser nacional o las formas de proceder arraigadas en el tiempo, dentro de las fronteras en la hoy conocida con el nombre América Latina¹.

Si el gran propósito de la modernidad, tal como lo ha señalado Samuel Hurtado S. (2000), ha sido el de impulsar autonomías en las relaciones interaccionales ante otro tipo de sociabilidades, como las del poder vanguardista, el partido, el Estado, la nación o el caudillo, el proyecto que aquélla alberga aún conserva su prístina orientación. Lo que ha sucedido en el mundo moderno, en especial después de 1968, ha sido parte de los anhelos por encontrar al sujeto. Sujeto desdibujado de los grandes proyectos

políticos que sólo han obliterado la acción humanista de los actores sociales. Acción humanista asociada con el reconocimiento de la diferencia, el accionar particular, la experiencia vital y la vivencia diversificada de temporalidades. Su temporalidad fue la de una imperiosa necesidad organizativa. Situación que puede corroborarse por el hecho de intentar configuraciones a partir de la racionalidad triunfante, a saber, la instrumental y técnica.

Esa racionalidad triunfante ha concitado generalizaciones como la necesidad de establecer un ser único, sin ambivalencias y supeditado a principios lógicos asociados con la ciencia moderna. Esto es así porque se ha pensado el mundo a través de una falsa universalización, donde espacio y tiempo pierden su especificidad en aras de leyes o regularidades universales que rigen la dinámica de las colectividades humanas.

Desde este orden, sentar las bases de lo nacional no sólo se refiere a la configuración de un nuevo orden político, sino, quizás lo de mayor altazor, una nueva forma de hacer y actuar.

Éstas, por supuesto, supeditadas a la necesidad de producir nuevos significados con los cuales plantear y resolver problemas dentro del conglomerado social. Las propuestas y reflexiones de Vallenilla Lanz comprenden un tipo de racionalidad donde lo instrumental como el árbitro principal de las relaciones sociales ocupan un lugar privilegiado, porque supone la existencia de un solo y único tipo de razón, es decir, aquella asociada con un proceder dependiente de un factor, en este caso racial. Creo que la modernidad que hoy critican los posmodernos es la que aquí he intentado dibujar, la tecnicista, la que impulsa a los individuos, no sujetos, a plegarse a planes o proyectos que niegan su especificidad cultural.

Las ideas vertidas por Laureano Vallenilla Lanz se les pueda otorgar un valor dentro de la vertiente cultural. Cultural porque él supo reconocer las trabas que habían impedido una nueva realización política y social en Venezuela. En ningún sentido creo tergiversar lo que lo cultural implica en sus elaboraciones socio históricas. Sólo que su fuerte propensión a otorgar carácter de factor a lo racial, el mestizaje y el feno - genotipo, así como a la dinámica política, desdibujaron lo que hoy nosotros podemos reconocer en tanto cultura. Cultura que no es más que un hacer y el ser de una comunidad nacional.

A pesar de las quejas por las carencias en lo atinente al sentimiento nacional quedaría por desarrollar las fórmulas que se han de desarrollar para alcanzar aquél. No en vano los letrados se han esmerado por encontrar un ser específico en el cual sustentar un nuevo proceder adecuado a los cambios y transformaciones del mundo de hoy. Y por demás, hoy que se discute en torno a la vuelta del sujeto y los principios que orientarían su verdadera realización, si los mismos estarían basados en los principios aceptados en el siglo XVII, o aquellos sustentados en el renacimiento de Montaigne, o las propuestas que nos ofrece la filosofía, sociología e historia contemporáneas.

Quedaría por profundizar si lo que Vallenilla Lanz llamó igualitarismo no sea lo que Mario Briceño Iragorri denominó jerarquía o, más bien, la carencia de ésta. Carencia porque los títulos nobiliarios hoy aparecen de forma tan alegre lo que pudiera indicar el anhelo "igualitario" o, en todo caso, irreverencia ante el que ha logrado su actuación por esfuerzo y no por ayuda de agentes "externos", como el partido, el parentesco o la familia. Un país de doctores y tan pocos investigadores y tan escasos pensadores, parece obligarnos a mirar a aquellos que abogaron por una real conformación de pueblo, es decir, articulada, con sentido de proyección hacia el futuro, que propongan una nueva visión de país sin caer en la genuflexión.

Bibliografía

BRACHO, Jorge (1997) El discurso de la inconformidad. Experiencias y expectativas de la modernidad hispanoamericana. Caracas. Fundación CELARG.

BUNGE, Carlos O. (1926) Nuestra América. Ensayo de psicología social. 74 edición. Madrid. Espasa - Calpe. (Primera edición: 1903).

HURTADO SALAZAR, Samuel (2000) Elite venezolana y proyecto de modernidad. Caracas. UCV.

PLAZA, Elena (1996) La tragedia de una amarga convicción. Historia y política en el pensamiento de Laureano Vallenilla Lanz. Caracas. UCV.

TOULMIN, Stephen (2001) Cosmópolis. El trasfondo de la modernidad. Barcelona - España. Península.

TOURAINÉ, Alain (2000) Crítica de la modernidad. 24 edición. México. Fondo de Cultura Económica.

VALLENILLA LANZ, Laureano (1956) Críticas de sinceridad y exactitud. Caracas. Tipografía Garrido.

VALLENILLA LANZ, Laureano (1990) Cesarismo democrático. Estudios sobre las bases sociológicas de la constitución de Venezuela. Caracas. Monte Ávila Editores. (Primera edición: 1919).

1 Actualmente, los casos de Venezuela y Bolivia nos indican, así como los de Irán, Siria y otros, una oposición a la modernización u occidentalización masiva por parte de algunos actores sociales. En este orden de ideas,, veo una gran incomprensión porque lo que se lee como modernización se asocia con globalización, o simplemente, americanización o macdonalización.